

La Enseñanza.



REVISTA HISPANO-AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO I. }

NUEVA-YORK, MAYO 1º DE 1871.

{ NUM. 3.

CUENTOS A MI HIJA.

EL PERRILLO NEGRO.

Jorge, portero viejo de una de las primorosas casas de Paris, viudo hacia ya mucho tiempo, y sin hijos, tenia por único compañero de su garita un perrillo negro, que llamaba con el nombre de Colibrí, cuyo instinto y conocimiento divertian á su amo, y cada dia le eran mas útiles.

Colibrí no habia recibido de la naturaleza mas que lo que podia hacerle agradable á los que no se paran en lucidas exterioridades; flaco y largo de cuerpo, retorcidas manos y piés, y unos ojuelos cubiertos de pelazos rojos que á menudo ocultaban toda la vivacidad de ellos: tal era el exterior de Colibrí; y aun con frecuencia añadia á todas estas tachas la de estar embarrado de cola á cabeza, con lo cual apeataba tanto, que todos le echaban de su lado, menos su anciano amo.

Entre las personas que se hospedaban en la casa, habia un pintor afamado, viudo tambien, y sin tener mas familia que una hija llamada Josefa, que entraba en los trece años. La doncella reunia á una gallarda figura un entendimiento lucido, y gracio-

sas ocurrencias; pero en medio de prendas tan recomendables, se notaba con dolor una cierta sequedad, que la hija del pintor llevaba frecuentemente hasta la dureza. Toda la gente de la casa, y particularmente el buen Jorge, experimentaban esto con pena suya diariamente. Solo el padre de Josefa, alucinado por su ternura, no reparaba en este defecto, tan contrario á toda educacion fina, y tan perjudicial á la felicidad de todos.

Se recela uno fácilmente que Colibrí por su parte probó los perniciosos efectos de la dureza de Josefa. Nunca habia debido á esta la menor sobra de mesa, ni aun aquellos secos mendrugillos que quedaban en los desayunos de la doncella. « ¡Ah! ¡ruin!..... ¡cómo huele! Fuera de aquí; véte á echar.....» Estos eran los únicos favores que el pobre perro recibia; harto feliz sin embargo, cuando no iban acompañados de ciertos escobazos, de que no era escasa Josefa.

De todas las habilidades que la doncella poseía, la danza era la que mas robaba su ánimo. Lo lucia mucho por su rara ligereza y particular garbo; y su bonita cara aparentaba entónces un aire de amabilidad, que ocultaba los vicios de su genio. Desde que se presentaba en un sarao, mil obsequios venian por todas partes á lisonjear su soberbia; y la hacian

vislumbrar, que por mas dotes que una doncella haya recibido de la naturaleza, el principal bien consiste en ser estimada.

En una de estas lucidas concurrencias, en que Josefa se complacia tanto en ostentar sus gracias, dió un fuerte tropezon en un mueble, y se hizo en la pierna una herida harto profunda, que aparentó no haberla sentido, para que su padre no le impidiese de continuar bailando. Por otra parte, calmándose el mal con el calor y agitacion del baile, no tuvo Josefa motivo para presumir que su herida fuese de tanta gravedad. Y así continuó toda la noche haciendo las delicias y ornamento de la funcion.

Pero al levantarse Josefa en el siguiente dia, sintió un dolor agudo que quiso ocultar todavía á su padre, esperando que bien presto se hallaria desvanecido. Los esfuerzos que ella hizo para encubrir su dolencia durante muchos dias, irritaron la llaga hasta haber llegado al punto de no poder andar, y entonces se vió forzada á confesarlo todo. Habiéndose consultado con el médico, declaró este que estaba dañado un nervio, y tenia grandes recelos de que la cura fuese no menos lenta que dificultosa. Fué una puñalada para Josefa este fallo del doctor.

¡La habian convidado á tantos bailes: habia dado

palabra de bailar tantas guarachas; y mas que todo, habia de probar un bonito paso ruso con el bailarín mas afamado! Para colmo de su despecho, nunca recibió á un mismo tiempo la doncella mas esqueladas de convite; y todo al parecer se mancomunaba para acrecentar su pena.

Bien pronto se empeoró tanto el mal, que obligada á quedarse en cama la llagada Josefa, se halló condenada á la mas rigurosa soledad. Entonces experimentó que únicamente las buenas prendas de nuestros pechos nos ganan amigos, sin los que gemimos abandonados del todo. En efecto, no tuvo Josefa por algun tiempo mas consuelo que el de su padre; y ninguno de los criados, que tan repetidas veces habian experimentado el duro genio de la doncella, daba el menor paso para aliviar ó explayar á la jóven enferma. Sin embargo, el anciano Jorge, que la habia visto nacer, no pudo resistirse al deseo de ir á informarse sobre la salud de ella. La paciente sufría en aquel dia mas que nunca, y al abandonarse á todo el pesar que su triste situacion le causaba, le saltaron algunas lágrimas á sus hermosos ojos. «Perdóneme vd. mil veces, señora, dijo medio abriendo con tiento la puerta del cuarto; pero no puedo dilatar mas tiempo el manifestarla cuán sensible me ha sido su contratiempo. ¿Está vd., pues, realmente enferma?—Sí, lo estoy, querido Jorge, respondió Josefa con una dulzura de voz que dejó asombrado y estremecido al bueno del viejo. Vd, es, prosiguió diciendo, el primero entre todos los de la casa que se ha dignado manifestarme alguna inclinacion.—Nace de que todos están habituados á temblar tanto en presencia de su merced, repuso Jorge con su acostumbrada franqueza. Aun yo no las tengo todas conmigo mismo.—Sí, repuso la doliente, he cometido mil faltas contra vdes. todos, pero tengo intencion de corregirlas.—Y yo, replicó el portero, para probar á vd. que no la tengo olvidada, vengo á sanarla: sí, con tal que quiera confiarse en mí, en ocho dias la habilitaré para poder ir á los bailes.—¡En ocho dias! esclamó Josefa con recocijo. Buen Jorge, ¡cuán grande sería mi reconocimieto!—Basta para ello hacer un remedio bien simple, que probé en mí el verano pasado, cuando me hice aqurlla grande herida en mi garita.—Bien, ¿qué remedio es ese? quiero hacerle cuanto antes.—Hice, repuso el viejo mirándola atentamente, hice que Colibrí lamiese mi llaga, y á pocos dias me vi curado radicalmente; pero quizá la señora no permitirá que el pobre animal..... es tan feo!..... huele tanto!..... y ademas le ha zurrado vd. tantas veces, que me recelo que no quiera nunca..... ¡estos animales tienen una memoria!—No hace nada eso, replicó con prontitud la enferma. Procure vd. traerle aquí solamente: le trataré tan bien, y le daré de comer tan buenas cosas, que olvidará quizá el mal trato que experimentó de mí á menudo.» Jorge obedeció, abrió la puerta de la antesala, y halló que Colibrí le esperaba con impaciencia tendido en el suelo, y que desde la primera señal que su amo le hizo para que entrase en el cuarto de Josefa, echó á correr por la escalera, se refugió en lo interior de la garita de Jorge, y se mantuvo por mucho tiempo debajo de su cama, por mas instancias que se le hicieron, porque tan grabados estaban en su memoria los golpes que habia recibido de mano de la enferma. Solo por fuerza, y tomándole en los brazos, logró el portero llevarle á la presencia de Josefa, la que le halagó de mil maneras para atraerle al lado suyo, le señaló su herida, y le dió á entender fácilmente que ella esperaba deberle el mismo servicio que habia hecho á su amo.

El pobre animal, que al parecer tiene por instinto devolver bien por mal, se pone inmediatamente á lamer la herida, bien que temblando todo su cuerpo; reiteró con frecuencia este saludable remedio, y en menos de ocho dias dejó sana la pierna de Josefa, que con ojos llorosos, y pasando su delicada mano sobre la peluda y áspera piel de su generoso Esculapio, le prometió con voto el mas cordial reconocimiento en lo sucesivo, é hizo que los mas tieraos cuidados se siguiesen á la dureza con que le habia oprimido tantas veces.

La doncella vino entonces en conocimiento de

que no hemos de ajar nunca al sér mas abatido; y que á menudo encontramos bajo la fealdad misma, las mas raras prendas y los mas útiles servicios.

EDUCACION POPULAR

POR DON PEDRO G. ORTIZ.

CAPITULO II.

LA EDUCACION Y EL INDIVIDUO.

La educacion, como la religion, influyen notablemente en nuestra felicidad individual. El hombre ha sido dotado de instintos y pasiones sensuales, así como de facultades intelectuales y morales, de las cuales unas tienden á degradarlo y las otras á ensalzarlo; pero todas ellas coadyuvan á su dicha y bienestar. La cultura del espíritu no hace mas que depurar estos goces, y aumentar en cierto modo su capacidad de dilatarse. El sensualismo grosero se convierte así en amor á la familia, en gusto por las artes, en la fruicion de todo lo que es bello y sublime; el racionalismo presuntuoso será absorbido por el estudio de la naturaleza y las ciencias, y hallará como el gran génio de Newton, por resultados de sus afanes y desvelos, que «no es mas que un niño jugando en una playa de mar, y descubriendo aquí y acullá un guijarro ó una concha mas preciosa que otra; mientras el gran océano de la verdad yace impenetrable y oculto á su vista;» y en fin, su sér moral se revelará en actos heróicos de caridad, de gloria y de abnegacion religiosa. Los mas abyectos instintos vienen á ser otros estímulos de virtud y de honor. Los mismos temores y esperanzas que llenan su corazon, desvelándolo y atormentándolo incesantemente, como para obligarlo á trabajar y mirar hácia otra vida futura, son otras tantas fuentes de ventura y de consuelo, cuando los aclara y rectifica una inteligencia cultivada. Mediante ella, esas supersticiones absurdas que empequeñecen y humillan la grandeza moral del hombre, desaparecen y se disipan como nubes impelidas por el viento, y traen serenidad y sosiego á la agitada mente del vulgo.

¡Cuánto mas patente no se deja ver los efectos de la educacion en el seno de la familia! El viajero que haya visto lo que es el hogar doméstico aquí, en Inglaterra, en Alemania ó en la campaña de Francia, no podrá dejar de experimentar un dolor profundo al considerar lo que es entre nosotros. Aquellos goces íntimos é indescribibles de la vida de familia,—el placer de un menaje bien arreglado,—donde el aseo, la limpieza y el orden dan brillo y realce á la religion y la virtud de sus moradores —la economía y frugalidad de la mesa y la regularidad de los quehaceres,—ah! todo esto parece tan ignorado y desconocido á nuestros países, como las regiones árticas. El afán y hambre de *diversiones* reemplaza en nuestro pueblo á estos tranquilos y dulces regocijos del Eden privado,—el único á nuestro alcance desde que perdimos el otro. ¡Y qué entretenimientos tan insulsos como groseros, semi-bárbaros! cual si fueran calculados espresamente pa-

ra corromper la moralidad y orden públicos. La falta de alicientes en la casa y la familia, tanto como la ignorancia, fomentan y escusan estas horribles costumbres. Cada avance de la educacion popular en Chile y Sur América, será un golpe dado á esos perniciosos hábitos, en que la indecencia compite con la disipacion para arruinar la felicidad y bienestar de los hijos y esposas.

Todavía en nuestros tiempos se encuentran muchos que contemplan con pesar el desaparecimiento de varios errores y preocupaciones populares, y lo consideran como percances hechos á la *feliz ignorancia* del vulgo. Algun mal poeta y unos pocos ignorantes sacerdotes podrian sacar ventajas de este estado de cosas, á costa de la ilustracion y engrandecimiento nacional. Mas ¿por qué las tinieblas habrian de ser menos poéticas que la luz? Lamentamos en estos dias la falta de romanceros y trovadores de lejana y oscura época, y no observamos el vastísimo horizonte abierto á la literatura y á la poesía modernas, la elevacion y fuerza prodigiosa á que han alcanzado con el progreso y espíritu del siglo, lo grandioso y noble de sus miras, lo comprensivo y universal de sus conceptos, el carácter filosófico y el libre vuelo de sus ideas; cualidades todas que compensan mucho la falta de simetría y regularidad de que puedan adolecer.

Pero aparte de estas consideraciones que podrian llevarnos muy lejos, ¡cuánto no añade la educacion á nuestra felicidad y goces todos, tanto particulares como sociales! ¡Qué pobres no serian nuestras ideas y cuán insípidas nuestras relaciones, cuando no han sido multiplicadas y ensanchadas por la lectura! Para el ignorante no hay sino un vago interes en todo lo grande y bello que nos presentan los cielos y la naturaleza; mientras para el hombre educado son otros tantos objetos de delicia y nuevas é inagotables fuentes de tranquilos goces y apacible dulzura—un encanto que no nos ofrecen nuestros sentidos, placeres que no hartan ni embotan nuestras facultades.*

«No es el ojo, dice un escritor religioso, el que vió las bellezas del cielo, ni el oido el que escucha la dulzura de la música ó las gratas nuevas de un acontecimiento favorable; sino el alma que percibe lo mas delicado de la perfeccion sensual é intelectual: cuanto mas noble y escelsa es esta alma, mayores y mas deliciosas serán sus percepciones.» Bacon tiene este otro sentido: «Cuán bello espectáculo, dice, es contemplar desde la ribera del mar un buque luchando con la tempestad, ó divisar desde una torre fortificada dos ejércitos combatiendo en campo raso; pero es un placer incomparablemente mayor el de aquel espíritu que reposando en tierra firme y protegido en el fuerte alcázar de la

* «A aquellos que se imaginan que el progreso de la ciencia es desfavorable á la felicidad, por causa de las ilusiones y misterios que disipa, bastaria solo hacerles notar que la ciencia solo aclara un misterio para encontrar otro mas grande. Cualquiera placer, por tanto, que nazca de la oscuridad, es gozado en comun por el educado como por el ignorante; mientras que el primero goza á mas la satisfaccion de descubrir alguno de los eslabones de la gran cadena de causas, y de unir á una admiracion inteligente é ilustrada, la otra que solo se maravilla y adora.»—ALONZO POTTER, «*The School and the School Master.*»

verdad, puede divisar desde allí los errores, la incertidumbre, los trabajos y la agitación continua de los otros hombres:— bien entendido, con todo, que esta vista le inspirará compasión, y no lo llenará de vano orgullo.»

Lo que la educación influye en el bienestar y prosperidad del individuo, es un asunto que interesa tanto á la sociedad como á él mismo, y será mas ampliamente tratado en otro lugar. Hay una máxima china que dice: «Con el saber, los hijos de la plebe se hacen grandes; sin el saber, los hijos de los grandes van á confundirse con la masa del pueblo.» Esta es una verdad que ha estado tal vez al alcance de todos el verificar con su propia experiencia. Cuántos hombres nacidos en la opulencia no se arrastran hoy en la miseria, no ya solo por causa del vicio y de la imprevisión que traen consigo la ignorancia, sino por falta de conocimientos y habilidad necesaria para manejar sus propios intereses. Este hecho se hace mas patente en una sociedad democrática, y á medida que con ella avanza el imperio de las luces, y cesen las trabas y privilegios que las leyes opongan á la distribución de la riqueza y desarrollo de la industria.

La educación no solo enseña las letras y pule, por decirlo así, las facultades del alma, sino que nos hace reflexivos y metódicos; y encamina el espíritu á la adquisición de todo lo que nos es útil. No solo da pábulo y actividad á la inteligencia con nuevas ideas y aspiraciones, sino que nos rehabilita para mejor dominar la materia, cuyas leyes nos da á conocer. Parece haber sido este el designio de la Providencia, puesto que nos ha dotado á todos de una alma, é impuéstonos la necesidad de trabajar para vivir; parece entrar en su plan que aun las mas humildes tareas estén sometidas á la inteligencia y corazón del hombre, cuando todas ellas requieren, en mas ó menos grado, un *aprendizaje* ó instrucción, esto es, una aplicación de nuestras facultades y del conocimiento de la materia para elaborarla y convertirla en producto. Es evidente así que el trabajador que mejor conoce sus recursos y las propiedades de los objetos, producirá mejor y con mas economía y descanso. «El capital invertido en el corazón y en la cabeza es mejor que el capital en dinero, dice un escritor, no solo porque es inalienable, sino porque califica al poseedor para colocarlo con la mayor ventaja posible segun las circunstancias. Con un espíritu activo, determinado y previsor, forma sus planes y los ejecuta oportunamente, ayudado en todo del conocimiento de una inteligencia bien cultivada.»

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DE LOS DEBERES PARA CON LA SOCIEDAD

§ I.

Deberes para con nuestros padres.

Los autores de nuestros días, los que recogieron y enjugaron nuestras primeras lágrimas, los que sobrellevaron las miserias ó incomodidades de nuestra infancia, los que consagraron todos sus desvelos

á la difícil tarea de nuestra educación y á labrar nuestra felicidad, son para nosotros los seres mas privilegiados y venerables que existen sobre la tierra.

En medio de las necesidades de todo género á que sin distinción de persona ni categorías, está sujeta la humana naturaleza, muchas pueden ser las ocasiones en que un hijo haya de prestar auxilios á sus padres, endulzar sus penas y aun hacer sacrificios á su bienestar y á su dicha. Pero, ¿podrá acaso llegar nunca á recompensarles todo lo que les debe? ¿qué podrá hacer que le descargue de la inmensa deuda de gratitud que para con ellos tiene contraída? Ah! los cuidados tutelares de un padre y una madre son de un orden tan elevado y tan sublime, son tan cordiales, tan desinteresados, tan constantes, que en nada se asemejan á los demas actos de amor y benevolencia que nos ofrece el corazón del hombre, y solo podemos verlos como una emanación de aquellos con que la Providencia cubre y protege á todos los mortales.

Cuando pensamos en el amor de una madre, en vano buscamos las palabras con que pudiera pintarse dignamente este afecto incomparable, de extensión infinita, de intensidad inesplicable, de inspiración divina; y tenemos que remontarnos en alas del mas puro entusiasmo hasta encontrar á María al pié de la cruz, ofreciendo en medio de aquella sangrienta escena el cuadro mas perfecto y mas patético del amor materno. Sí! allí está representado este sentimiento como él es; allí está divinizado y allí está consagrado el primero de los títulos que hacen de la mujer un objeto tan digno y le dan tanto derecho á la consideración del hombre!

El amor y los sacrificios de una madre comienzan desde que nos lleva en su seno. ¡Cuántos son entonces sus padecimientos físicos, cuántas sus privaciones por conservar la vida del hijo que la naturaleza ha identificado con su propio ser, á quien ya ama con extremo antes que sus ojos le hayan visto! ¡Cuánto cuidado en sus alimentos, cuánta solicitud y esmero en todos los actos de su existencia física y moral, por fundar desde entonces á su querida prole una salud robusta y sana, una vida sin dolores! El padre cuida de su esposa con mas ternura que nunca; vive preocupado de los peligros que la rodean, la acompaña en sus privaciones, la consuela en sus sufrimientos, y se entrega con ella á velar por el dulce fruto de su amor. Y en medio de la inquietud y de las gratas ilusiones que presenta este cuadro de temor y de esperanza, es mas que nunca digno de notarse cuán ajenos son de un padre y de una madre los frios y odiosos cálculos del egoísmo. Si el hijo que esperan se encuentra tan distante de la edad en que puede serles útil; si para llegar á ella les ha de costar tantas zozobras, tantas lágrimas y tantos sacrificios; si una temprana muerte puede, en fin, llegar á arrebatarse á su cariño, haciendo infructuosos todos sus cuidados é ilusorias todas sus esperanzas, ¿qué habrá que no sea noble y sublime en esa ternura con que ya le aman y se preparan á colmarle de caricias y beneficios? Nada mas conmovedor, nada mas bello, y ninguna prueba mas brillante de que el amor de los padres es el afecto mas puro que puede albergarse en el corazón humano.

Nace al fin el hijo á costa de crueles sufrimientos, y su primera señal de vida es un gemido, como si el destino asistiera allí á recibirle en sus brazos y á imprimir en su frente el sello del dolor que ha de acompañarle en su peregrinación de la cuna al sepulcro! Los padres le rodean desde luego, lo saludan con el ósculo de bendición, le prodigan sus caricias, protegen su debilidad y su inocencia; y allí comienza esa serie de cuidados esquisitos, de contemplaciones, condescendencias y sacrificios, que triunfan de todos los obstáculos, de todas las vicisitudes y aun de la misma ingratitude, y que no terminan sino con la muerte.

Nuestros primeros años roban á nuestros padres toda su tranquilidad, y los privan á cada paso de los goces y comodidades de la vida social. Durante aquel período de nuestra infancia en que la naturaleza nos niega la capacidad de atender por nosotros mismos á nuestras necesidades, y en que, demasiado débiles é impresionables nuestros órganos, cual-

quier ligero accidente puede alterar nuestra salud y aun comprometerla para siempre, sus afectuosos y constantes desvelos suplen nuestra impotencia y nos defienden de los peligros que por todas partes nos rodean. ¡Cuántas inquietudes, cuántas alarmas, cuántas lágrimas no les cuestan nuestras dolencias! Cuánta vigilancia no tienen que oponer á nuestra imprevisión! ¡Cuán inagotable no debe ser su paciencia para cuidar de nosotros y procurar nuestro bien, en lucha abierta siempre con la absoluta ignorancia y voluntad caprichosa y turbulenta de los primeros años! ¡Cuánta consagración, en fin, y cuánto amor para haber de conducirnos por entre tantos riesgos y dificultades, hasta la edad en que principia á ayudarnos nuestra inteligencia!

Apenas descubre en nosotros un destello de razón, ellos se apresuran á dar principio á la árdua é importante tarea de nuestra educación moral é intelectual; y son ellos los que imprimen en nuestra alma las primeras ideas, las cuales nos sirven de base para todos los conocimientos ulteriores, y de norte para emprender el espinoso camino de la vida.

Su primer cuidado es hacernos conocer á Dios. ¡Qué sublime, qué augusta, qué sagrada aparece entonces la misión de un padre y de una madre! El corazón rebosa de gratitud y de ternura, al considerar que fueron ellos los primeros que nos hicieron formar idea de ese Ser infinitamente grande, poderoso y bueno, ante el cual se prosterna el universo entero, y nos enseñaron á amarle, á adorarle y á pronunciar sus alabanzas! Después que nos hacen saber que somos criaturas de ese Ser imponderable, ennobleciéndonos así ante nuestros propios ojos y santificando nuestro espíritu, ellos no cesan de proporcionarnos conocimientos útiles de todo género, con los cuales vamos haciendo el ensayo de la vida y preparándonos para concurrir al total desarrollo de nuestras facultades,

En el laudable y generoso empeño de enriquecer nuestro corazón de virtudes, y nuestro entendimiento de ideas útiles á nosotros mismos y á nuestros semejantes, ellos no omiten esfuerzo alguno para proporcionarnos la enseñanza. Por muy escasa que sea su fortuna, aun cuando se vean condenados á un recio trabajo personal para ganar el sustento, ellos siempre hacen los gastos indispensables para presentarnos en los establecimientos de educación, proveernos de libros y pagar nuestros maestros. ¡Y cuántas veces vemos á estos mismos padres someterse gustosos á toda especie de privaciones, para impedir que se interrumpa el curso de nuestros estudios!

Terminada nuestra educación, y formados ya nosotros á costa de tantos desvelos y sacrificios, no por eso nuestros padres nos abandonan á nuestras propias fuerzas. Su sombra protectora y benéfica nos cubre toda la vida, y sus cuidados, como ya hemos dicho, no se acaban sino con la muerte. Si durante nuestra infancia, nuestra niñez y nuestra juventud, trabajaron asiduamente para alimentarnos, vestirnos, educarnos y facilitarnos toda especie de goces inocentes, ellos no se desprenden en nuestra edad madura de la dulce tarea de hacernos bien; recibiendo, por el contrario, un placer exquisito en continuar prodigándonos sus beneficios, por mas que nuestros elementos personales, que ellos mismos fundaron, nos proporcionen ya los medios de proveer á nuestras necesidades.

Nuestros padres son al mismo tiempo nuestros primeros y mas sinceros amigos, nuestros naturales consultadores, nuestros leales confidentes. El egoísmo, la envidia, la hipocresía, y todas las demas pasiones tributarias al interés personal, están escludidas de sus relaciones con nosotros; así es que nos ofrecen los frutos de su experiencia y de sus luces, sin reservarnos nada, y sin que podamos jamas recelarnos de que sus consejos vengan envenenados por la perfidia ó el engaño. Las lecciones que han recibido en la escuela de la vida, los descubrimientos que han hecho en las ciencias y en las artes, los secretos útiles que poseen, todo es para nosotros, todo nos lo transmiten, todo lo destinan siempre á la obra predilecta de nuestra felicidad. Y si los vemos aun en edad avanzada trabajar con actividad y con

ahinco en la conservacion y adelanto de sus propiedades, fácil es comprender que nada los mueve ménos que el provecho que pueden obtener en favor de una vida que ya van á abandonar: sus hijos... sí, el porvenir de sus queridos hijos, hé aquí el generoso móvil, hé aquí el estímulo que les da fuerzas en la misma ancianidad.

Si, pues, son tantos y de tan elevada esfera los beneficios que recibimos de nuestros padres; si su mision es tan sublime y su amor tan grande, ¿cuál será la estension de nuestros deberes para con ellos? ¡Desgraciado de aquel que al llegar al desarrollo de su razon, no la haya medido ya con la noble y segura escala de la gratitud! Porque á la verdad, el que no ha podido comprender para entonces todo lo que debe á sus padres, tampoco habrá comprendido lo que debe á Dios; y para las almas ruines y desconocidas, no hay felicidad posible ni en esta vida ni en la otra.

La piedad filial es por otra parte uno de los sentimientos que mas honran y ennoblecen el corazon humano, y que mas lo disponen á la práctica de todas las grandes virtudes. Tan persuadidos vivimos de esta verdad, que para juzgar de la índole y del valor moral de la persona que nos importa conocer, desde luego investigamos su conducta para con sus padres, y si encontramos que ella es buena, ya se despierta en nosotros una fuerte simpatía y un sentimiento profundo de estimacion y de benevolencia. Cuando el amoroso padre va á dar á la hija de su corazon un compañero de su suerte, sus inquietudes se calman y su ánimo se conforta, si en trance tan solemne puede esclamar: «¡es un buen hijo!.....» Y así compendia y espresa, de la manera mas tierna y elocuente, todo lo que hay de grande y de sublime en la piedad filial.

Debemos, pues, gozarnos en el cumplimiento de los deberes que nos han impuesto para con nuestros padres las leyes divinas y la misma naturaleza. Amarlos, honrarlos, respetarlos y obedecerlos, he aquí estos grandes y sagrados deberes, cuyo sentimiento se desarrolla en nosotros desde el momento en que podemos darnos cuenta de nuestras percepciones, y aun antes de haber llegado á la edad en que recibimos las inspiraciones de la reflexion y la conciencia.

En todas ocasiones debe sernos altamente satisfactorio testificarles nuestro amor con las demostraciones mas cordiales y espresivas; pero cuando se encuentran combatidos por la desgracia, cuando el peso de la vejez los abruma y los reduce á ese estado de impotencia en que tanto necesitan de nuestra solicitud y nuestros auxilios, recordemos cuánto les debemos, consideremos qué no harian ellos por aliviarnos á nosotros y con cuánta bondad sobre llevarian nuestras miserias, y no les reservemos nada en sus necesidades, ni creamos nunca que hemos empleado demasiado sufrimiento en las incomodidades que nos ocasionen sus cansados años. Este acendrado amor debe naturalmente conducirnos á cubrirlos siempre de honra, contribuyendo por cuantos medios estén á nuestro alcance á su estimacion social, y ocultando cuidadosamente de los estraños las faltas á que como seres humanos pueden estar sujetos, porque, LA GLORIA DEL HIJO ES EL HONOR DEL PADRE.

Nuestro respeto debe ser profundo é inalterable, sin que podamos jamas permitirnos la mas ligera falta que lo profane, aun cuando lleguemos á encontrarlos alguna vez apartados de la senda de la verdad y de la justicia, y aun cuando la desgracia los haya condenado á la demencia, ó á cualquiera otra situacion lamentable que los despoje de la consideracion de los demas. Siempre son nuestros padres, y á nosotros no nos toca otra cosa que compadecerlos, llorar sus miserias, y colmarlos de atenciones delicadas y de contemplaciones. Y respecto de nuestra obediencia, ella no debe conocer otros límites que los de la razon y la moral; debiendo hacerles nuestras observaciones de una manera dulce y respetuosa, siempre que una dura necesidad nos obligue á separarnos de sus preceptos. Pero guardémonos de constituirnos inconsiderada y abusivamente en jueces de estos preceptos, los cuales serán rara vez de

tal naturaleza que puedan justificar nuestra resistencia, sobre todo en nuestros primeros años, en que seria torpe desacato el creernos capaces de juzgar la conducta de nuestros padres.

Hállase, en fin, comprendido en los deberes de que tratamos, el respeto de nuestros mayores, especialmente á aquellos á quienes la venerable senectud acerca ya al término de la vida y les da derecho á las mas rendidas y obsequiosas atenciones. Tambien están aquí comprendidas nuestras obligaciones para con nuestros maestros, á quienes debemos amor, obediencia y respeto, como delegados que son de nuestros padres en el augusto ministerio de ilustrar nuestro espíritu y formar nuestro corazon en el honor y la virtud. Si en medio de la incapacidad y la indolencia de nuestros primeros años, podemos á veces desconocer todo lo que debemos á nuestros maestros, y cuánta influencia ejercen sus paternales desvelos en nuestros futuros destinos, el corazon debe volver á ellos en la efusion de la mas pura gratitud, y rendirles todos los homenajes que les son debidos, desde que somos capaces de distinguir los rasgos que caracterizan á nuestros verdaderos amigos y bienhechores.

¡Cuán venturosos dias debe esperar sobre la tierra el hijo amoroso y obediente, el que ha honrado á los autores de su existencia, el que los ha socorrido en el infortunio, el que los ha confortado en su ancianidad! Los placeres del mundo serán para él siempre puros como en la mañana de la vida: en la adversidad encontrará los consuelos de la buena conciencia, y aquella fortaleza que desarma las iras de la fortuna; y nada habrá para él mas sereno y tranquilo que la hora de la muerte, seguro como está de haber hecho el camino de la eternidad á la sombra de las bendiciones de sus padres! En aquella hora suprema, en que ha de dar cuenta al Criador de todas sus acciones, los títulos de un buen hijo aplacarán la justicia divina y le alcanzarán misericordia!

CONSEJOS DE LA AMISTAD.

LAS LEYES.

Los filósofos de todas las edades y de todos los países han conocido que hay un bien y un mal. No han confundido á este bien y á este mal; pero han ido mas lejos de lo que era necesario en busca de su principio, y aun muchas veces se han extraviado en las consecuencias que han deducido de ellos. Yo creo que hubieran hecho mejor en detenerse mas acerca de la definicion del uno y del otro, y acerca del uso que debemos hacer de ambos. Perdemos tanto tiempo en llegar á conocer, que nos queda muy poco para obrar.

El bien, bajo de cualquier aspecto que le miremos, y por cualquiera religion que sea explicado, es la conformidad de nuestras acciones con la ley; y el mal, lo que hacemos opuesto á ella. Raras veces sucede que podamos decir: *Ignoraba la ley.*

Las leyes están subordinadas entre sí: las naturales son las primeras: todas las demas se glorian de deberlas su origen, y de depender de ellas en algun modo. Yo haria muy mal presagio de las que no tuviesen con ellas alguna relacion.

A las primeras me limito aquí: preservar el veneno de corrupcion es asegurar la conservacion de las aguas. *Las costumbres forman los buenos ciudadanos, y las leyes naturales forman las costumbres.*

Es una pregunta bien inútil la de ¿en qué consisten y á qué obligan las leyes de la naturaleza? Desde el momento que las damos este nombre, conocemos lo que son, y en cuanto á la obligacion que imponen, la conciencia lo enseña á todos los hombres.

Esta conciencia es el mejor libro de moral que tenemos, y justamente el que menos se lee. A nadie se le dice: *Lee en tu conciencia.* Seria hacer un gran servicio á la humanidad habituar los jóvenes á que la leyesen, pues en ella adquiririan la costumbre de amar el bien y de aborrecer el mal: ¡y qué fuerza no tiene el hábito en todos los hombres!

Hay personas que dicen que la conciencia no habla; otras que habla diferentemente en los diferentes pueblos; y de estos dos principios concluyen que es inútil escucharla. Los unos y los otros no solo se equivocan, sino que hablan contra la misma verdad que conocen lo que debe hacerles odiosos, pues todos pueden convencerse de su falsedad.

Las verdades de sentimiento y esperiencia no son problemáticas. Los mayores malvados no sofocan sus remordimientos, como se cree: lo que es un crimen en Europa, lo es igualmente en las Indias.

Las diferentes religiones han producido diferentes leyes: los diversos climas han introducido diversos usos. Pero sin cerrar nuestros ojos á la razon, no podemos estender sus diferencias hasta las leyes naturales, que jamas varian. La perfidia, la mentira, el asesinato, el robo, no se permiten á un negro mas que á un blanco: lo mismo que hoy, los condenaba la conciencia cuatro mil años há; y los pueblos que creemos mas salvajes y bárbaros, no son los que menos la respetan.

¿Pero cómo están escritas estas leyes en nuestros corazones? Esta es una maravilla que no pretendo explicar: conviene ponerla en la clase de aquellas que ofrece á nuestra vista el espectáculo del mundo, y que es mas útil admirar que querer penetrar. *La buena filosofia conoce límites; la que pretende dar razon de todo no merece este nombre.*

¿Qué importa saber de dónde nace esta voz interior, que me predica no haga con otro lo que no quiera que hagan conmigo? De cualquier impresion que resulten el pesar y la vergüenza de haber cometido una mala accion, no son menos sensibles este pesar y esta vergüenza. La dulzura que experimento en aliviar á un infeliz, ¿es una dulzura menor, es un placer menos gustoso porque ignoro su origen?

(Continuará.)

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

El hombre se compone de una naturaleza simple y de un principio racional ó divino; de una parte del alma universal, un influjo del fuego central, y de una parte irracional, llamada las pasiones.

En la muerte, pues, solo acaba la una de estas naturalezas; la parte racional, en virtud de la cual el hombre es hombre, el espíritu, en fin, es inmortal.

Cuando la muerte rompe sus cadenas, él va, revestido de un cuerpo aéreo á la mansion de los muertos, hasta que vuelve á la tierra á habitar otro cuerpo, humano ó animal, hasta que por último, despues de estar bastantemente purificado, es llevado hácia Dios, eterna fuente de todo bien.

El fin á que el hombre debe aspirar, es la armonía en todas las cosas. Lo mismo que ella existe en el mundo, debe existir en el hombre que es un pequeño universo.

Por tanto, debe procurar comprenderse á sí mismo; debe procurar percibir las relaciones abstractas de la armonía, de la belleza celestial, y de este modo entrar en oportuna comunicacion con la divinidad, y encontrará ahí sus mas preciosos bienes. — PITÁGORAS.

Por medio de la virtudes como el hombre se asemeja á Dios, hasta donde es posible para él.

En moderar sus deseos, en la justicia, en la santidad, en fin, consiste la virtud.

La religion llena al justo de dos bienes inestimables: de interminable paz acá en la vida, y de bendita esperanza á la hora de la muerte.

Absurdo fuera creer que los dioses se mostrasen bondadosos á nuestros dones y sacrificios, sin atender á la justicia y santidad de nuestra alma. — PLATON.

Caminando por la mañana para desentorpeceros del sueño, reflexionad á la vez y seriamente, sobre lo que tenéis que hacer durante todo el dia, y preguntados á vos mismo mientras él pasa, qué es lo que haceis, lo que os falta de divino, lo que habeis observado, hecho, y descuidado. — PITÁGORAS.